

FRANCISCO MONTERDE

LA LITERATURA
MEXICANA
EN LA OBRA
DE MENENDEZ Y PELAYO

28

facultad de

FILOSOFIA Y LETRAS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

Dr. Nabor Carrillo

Secretario General:

Dr. Efrén C. del Pozo

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

Dr. Francisco Larroyo

Secretario:

Juan Hernández Luna

CONSEJO TECNICO DE HUMANIDADES

Coordinador:

Dr. Samuel Ramos

Secretario:

Rafael Moreno

EDICIONES FILOSOFIA Y LETRAS

Opúsculos preparados por los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras y editados bajo los auspicios del Consejo Técnico de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1. Schiller desde México: Prólogo, biografía y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.
2. Agostino Gemelli: *El psicólogo ante los problemas de la psiquiatría*. Traducción y nota del Dr. Oswaldo Robles.
3. Gabriel Marcel: *Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*. Prólogo y traducción de Luis Villoro.
4. Carlos Guillermo Koppe: *Cartas a la patria*. (Dos cartas alemanas sobre el México de 1830.) Traducción del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina.
5. Pablo Natorp: *Kant y la Escuela de Marburgo*. Prólogo y traducción de Miguel Bueno.
6. Leopoldo Zea: *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica*.
7. Federico Schiller: *Filosofía de la historia*. Prólogo, traducción y notas de Juan A. Ortega y Medina.
8. José Gaos: *La filosofía en la Universidad*.
9. Francisco Monterde: *Salvador Díaz Mirón. Documentos. Estética*.
10. José Torres: *El estado mental de los tuberculosos y Cinco ensayos sobre Federico Nietzsche*. Prólogo, biografía y bibliografía por Juan Hernández Luna.
11. Henri Lefebvre: *Lógica formal y lógica dialéctica*. Nota preliminar y traducción de Eli de Gortari.
12. Patrick Romanell: *El neo-naturalismo norteamericano*. Prefacio de José Vasconcelos.
13. Juan Hernández Luna: *Samuel Ramos. Su filosofar sobre lo mexicano*.

14. Thomas Verner Moore. *La naturaleza y el tratamiento de las perturbaciones homosexuales*. Traducción y nota preliminar del Dr. Oswaldo Robles.
15. Margarita Quijano Terán. *La Celestina y Otelo*.
16. Romano Guardini. *La esencia de la concepción católica del mundo*. Prólogo y traducción de Antonio Gómez Robledo.
17. Agustín Millares Carlo. *Don Juan José de Eguiara y Eguren y su bibliotheca mexicana*.
18. Othon E. de Brackel-Welda. *Epístolas a Manuel Gutiérrez Nájera*. Prólogo y recopilación de la Dra. Marianne O. de Bopp.
19. Gibrán Jalil Gibrán. *Rosa El-Hani (novela) y Pensamientos filosóficos y fantásticos. Breve antología literaria árabe*. Traducidas directamente por Mariano Fernández Berbiela.
20. Luciano de la Paz. *El fundamento psicológico de la familia*.
21. Pedro de Alba. *Ramón López Velarde. Ensayos*.
22. Francisco Larroyo. *Vida y profesión del pedagogo*.
23. Miguel Bueno. *Natorp y la idea estética*.
24. José Gaos. *La filosofía en la Universidad. Ejemplos y complementos*.
25. Juvencio López Vásquez. *Didáctica de las lenguas vivas*.
26. Paula Gómez Alonso. *La ética en el siglo xx*.
27. Manuel Pedro González. *Notas en torno al modernismo*.
28. Francisco Monterde. *La literatura mexicana en la obra de Menéndez y Pelayo*.

Miguel León-Portilla. *Cinco ensayos sobre la Cultura náhuatl*. *

Federico Schlegel. *Fragments*. Invitación al romanticismo, Semblanza biográfica y traducción de Emilio Uranga. *

Sergio Fernández. *Cinco escritores hispanoamericanos.* *

Matías López Ch. *Estadística elemental para psicólogos.* *

Wilhelm Windelband. *La filosofía de la historia.*
Prólogo y traducción de Francisco Larroyo. *

* En prensa.

FRANCISCO MONTEDE

LA LITERATURA
MEXICANA

LA LITERATURA MEXICANA
EN LA OBRA DE MENENDEZ Y PELAYO

DE MENENDEZ Y PELAYO

FRANCISCO MONTERDE

LA LITERATURA
MEXICANA
EN LA OBRA
DE MENENDEZ Y PELAYO

ESTE LIBRO
NO SALE DE
LA BIBLIOTECA

México, 1958

CLASIF.:-----

ADQUIS.: 458-----

FECHA:-----

PROCED.-----

Derechos reservados ©

§----- por la-----

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria
Villa Obregón, D. F.

Primera edición: 1958

PQ 7116
M6

BIBLIOTECA "SAMUEL RAMOS"

Historia de la Filosofía en México

HOMENAJE.-F.F. y L., U.N.A., -6-X-1959

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

DIRECCION GENERAL
DE PUBLICACIONES



Printed and made in Mexico
Impreso y hecho en México
por la

Imprenta Universitaria
Bolivia 17. México, D. F.

À LA MEMORIA
DE DOS ADMIRADOS MAESTROS Y AMIGOS
LOS FILÓLOGOS MEXICANOS
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA
Y
MARIANO SILVA Y ACEVES
CUMPLIDOS CUATRO LUSTROS
DE SU PARTIDA

*L*A Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, se ha unido al homenaje que varias universidades de la República Mexicana, incluida la nuestra, y algunos ateneos, sociedades y agrupaciones del país, rindieron a la memoria de don Marcelino Menéndez y Pelayo, al cumplirse un siglo de su nacimiento, en el año de 1956.

Para ello publica el presente estudio del doctor Francisco Monterde, catedrático de literaturas mexicana, iberoamericana y española moderna, en la mencionada facultad, que trata sobre las letras mexicanas en la obra de Menéndez y Pelayo.

Dicho estudio va seguido de quince cartas que el ilustre polígrafo hispano dirigió a dos distinguidos escritores de México, en la etapa más fecunda de su existencia. Las cartas y el estudio que aparecen juntos ahora, demuestran cómo fue avanzando Menéndez y Pelayo para aproximarse a nuestros escritores. Al establecer puntos de contacto entre ellos y la literatura peninsular, a través de los trabajos de investigación y crítica por él emprendidos, supo estimularlos y orientarlos, con sus pareceres y consejos.

EL centenario del nacimiento de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que se conmemoró durante el año de 1956 en los países de habla española, imponía una revisión de aquellas páginas de su extensa obra crítica en las cuales se puede advertir un sostenido interés por las letras mexicanas, en cuyo conocimiento se adelantó a otros críticos e historiadores de nuestra literatura.

Se ha hablado varias veces de contadas ausencias y limitaciones, voluntarias e involuntarias, en relación con aquella parte de la literatura mexicana, la lírica, ya enfocada por él antes de recibir de la Real Academia Española, en 1892, el encargo de formar la *Antología de poetas hispa-*

no-americanos, que concluyó tres años más tarde.

En cambio, no se ha insistido en señalar la presencia de nuestros escritores en la obra de Menéndez y Pelayo; preferentemente en su *Historia de la poesía hispano-americana* — historia en la cual trabajó desde la última década del siglo XIX hasta los comienzos de la segunda del presente siglo.

Quien ahora emprende esa revisión, debe agradecer a los investigadores que le precedieron en el recorrido, el hecho de que su meritoria labor lo exima de recordar aquí detalladamente la enorme tarea que Menéndez y Pelayo realizó en distintas direcciones y que en algunos casos la muerte le impidió dejar concluida.

SITUACION DE LA OBRA

Entre las obras que don Marcelino Menéndez y Pelayo dejó inconclusas, está aquella en que debió incluir a todos los

poetas líricos hispanos y sólo llegó a los umbrales del Siglo de Oro, con Boscán: el prelude de Garcilaso, que iba a estudiar en el tomo 14 de esa obra, el cual llevó a término José Rogerio Sánchez.

En la *Antología de poetas líricos castellanos*, “desde la formación del idioma hasta nuestros días”, trabajaba don Marcelino Menéndez y Pelayo, como sabemos, desde 1890, y seguiría trabajando hasta 1908. Según aconteció varias veces a lo largo de su fecunda vida, a quien nos complace llamar desde aquí, en reciprocidad: “gran maestro de toda erudición” hispana, en 1892 y en las condiciones que también conocemos, la Real Academia Española lo distrajo de su tarea, al encargarle que formara la *Antología de poetas hispano-americanos*, en la que iba a laborar desde ese año hasta el de 1895 en que apareció el cuarto y último tomo de ella.

La conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, por su gran resonancia en tierras españolas e hispanoamericanas, sugirió esa empresa a la que pudo dar cima en tres años, con la cooperación de las academias correspondientes y de varios particulares. Se ha explicado ese móvil y se han definido las etapas por las cuales pasó el proyecto, antes de dar como resultado la *Historia de la poesía hispano-americana* que, con una advertencia fechada en Madrid en noviembre de 1910, se imprime en dos tomos, entre 1911 y 1913, para reimprimirse en la Edición Nacional de Obras Completas de Menéndez y Pelayo, en otros dos tomos, terminados en 1948.

LA ANTOLOGIA Y LA HISTORIA

Concluida en 1895 la antología en cuatro tomos, Menéndez y Pelayo volvió a ella transcurridos 15 años, para adicionar las introducciones, con notas

acerca de algunas obras y datos sobre autores fallecidos antes de 1892, de cuya muerte no había podido tener entonces conocimiento.

En ese período aparecieron otras antologías hispanoamericanas, sin que se hubiesen agotado los cuatro tomos de la antología, de la cual la Academia Española tuvo ejemplares hasta hace poco. Por ello, al imprimirse las Obras Completas de Menéndez y Pelayo, en vida del autor, no se pensó en reeditar la antología, sino sólo en dar, dentro de la edición de la madrileña Librería de Victoriano Suárez, las introducciones —adicionadas— de aquella obra, las cuales, según la advertencia, “contienen suficientes noticias sobre los poetas épicos y dramáticos para que puedan estimarse en conjunto como una historia bastante minuciosa de la poesía castellana en América”.

El autor añadió en 1910: “Acaso más adelante me anime a completarla con el

tratado de la poesía portuguesa en el Brasil, para que la obra merezca con toda propiedad el título de *Historia de la poesía hispano-americana.*” No llegó a realizar ese propósito, ni pudo agregar, siquiera, noticias y juicios sobre los poetas desaparecidos entre 1892 y 1910, con lo cual las primitivas introducciones, puestas al día, habrían aumentado considerablemente, ya que “al reimprimirlas ahora formando cuerpo de historia —decía al lector— encierro el trabajo en los mismos límites que antes, salvo alguna que otra adición sobre autores que habían muerto ya en 1892, pero cuyo fallecimiento no había llegado a mi noticia. Proseguir más lejos mi tarea e internarme en la abundosa producción poética de estos últimos años, hubiera sido empresa superior a mis fuerzas e incompatible con otros estudios que absorben por completo mi atención”.

REVISION: NOTICIAS Y RECTIFICACIONES

Entre aquéllos se contaban, además de la *Antología de poetas líricos castellanos*, interrumpida en 1908, sus *Estudios literarios* de los cuales habían aparecido cinco volúmenes, sumados a los tres de *Orígenes de la novela* que se publicaron entre 1905 y 1910; aparte el manuscrito de su *Bibliografía hispano-latina*, del que sólo había dado, como anticipo de la obra, un capítulo: *Horacio en España*. Atrás quedaban, con los *Heterodoxos españoles*, los estudios sobre Lope y Calderón y la irremisiblemente inconclusa *Historia de las ideas estéticas*, en la que trabajó entre 1883 y 1891.

Sin embargo, como a partir de 1892 habían aparecido “varias obras importantes de bibliografía, biografía e historia literaria”, y “nuevas ediciones de las obras de algunos poetas antes inéditos o no co-

nocidos en su integridad", eso le obligó "a revisar escrupulosamente" su historia, "añadiendo bastantes noticias y rectificando algún juicio".

LA OBRA MENOS CONOCIDA

Retocada y adicionada en parte, se convirtió, pues, en la *Historia de la poesía hispano-americana*, la antología inicial, cuyas introducciones, a las que seguían anteriormente las previas de cada país, formaron "cuerpo de historia", según sus palabras. Al trazar para ella las líneas de la advertencia "Al lector", fechada en noviembre de 1910, Menéndez y Pelayo afirmaba: "Esta obra es, de todas las mías, la menos conocida en España, donde el estudio formal de las cosas de América interesa a muy poca gente, a pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y banquetes de confraternidad."

Así era, efectivamente, y la confirmación de esas palabras se hallará aún, en

nuestros días, con muy valiosas y estimadas excepciones, de todos conocidas por cierto. La mayoría de los ejemplares vendidos, sin haber agotado la edición, se adquirió en Hispanoamérica, por diversas razones. El mismo lo comprendía, al escribir: "En América ha sido más leída, y no siempre rectamente juzgada." Y agregaba: "Quien la examine con desapasionado criterio reconocerá que fue escrita con celo de la verdad, con amor al arte, y sin ninguna preocupación contra los pueblos americanos, cuya prosperidad deseo tanto como la de mi patria, porque al fin son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos." Finalmente decía: "... no creo que los ilustres varones, de espíritu verdaderamente científico, que no faltan en América, han de mirar con ceño la simpatía razonada y libre de un español que nunca se avergonzó de serlo ni procuró captar con interesadas adulaciones la benevolencia de los extraños."

Estas palabras requieren un comentario más detenido, sobre los antecedentes de dicha obra.

ANTECEDENTES EN MEXICO

Antes de que encomendara a Menéndez y Pelayo la preparación de una antología de poetas hispanoamericanos, la Real Academia Española había solicitado de sus correspondientes de Hispanoamérica el envío de una antología y una reseña histórica de la poesía "cultivada en sus respectivos países, desde la Conquista" hasta fines del siglo XIX.

La Academia Mexicana correspondiente de la Española, al recibir tal invitación, designó a tres de sus miembros, para que hicieran ese trabajo: Casimiro del Collado y José María Roa Bárcena se encargaron de formar la antología, y José María Vigil, de escribir la Reseña que después se propuso ampliar, para incluir la prosa, y quedó trunca finalmente.

El contenido de la antología y la reseña se había dado a conocer en sesiones de la misma Academia Mexicana y, cuando las dos fueron aprobadas, se decidió preparar con ellas un libro, del que se imprimieron, provisionalmente, unos cuantos ejemplares sin paginar —seis u ocho, según parece—, de los cuales desde luego se enviaron dos, carentes de portada, a la Real Academia Española.

LA ANTOLOGIA DE POETAS MEXICANOS

La Academia Mexicana —que pospuso la aparición de su *Antología de poetas mexicanos*, para no adelantarse a la antología de la Academia Española—, de acuerdo con la invitación de ésta, reunió “composiciones de autores muertos y vivos”, distribuidas en dos partes; por “orden de antigüedad”, los primeros, y por orden alfabético de apellidos, los segundos.

Supuso nuestra Academia que debía incluir, entre unos y otros, "así mexicanos, como extraños que hubiesen residido y escrito en México". Con esa hospitalaria actitud, dio cabida a dos españoles: Fernán González de Eslava e Isabel Prieto de Landázuri y al cubano José María Heredia, por hallarse vinculados con México, en el campo de la poesía.

Reunió composiciones de treinta autores del pasado y de cuarenta y seis coetáneos la *Antología de poetas mexicanos*, en sus 488 páginas, de las cuales ocupó las primeras 56 la Reseña. No se incluyeron en la obra, a pesar de que eran poetas, los tres académicos que la prepararon. Impresa en la Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, apareció en México, en 1894, como "segunda edición", no obstante que la primera, provisional, se redujo a esa media docena de ejemplares cuyo paradero se ignora.

MENENDEZ Y PELAYO Y LA ANTOLOGIA

Como don Marcelino Menéndez y Pelayo recibió de la Academia Española el encargo de formar la colección de poesías y escribir las introducciones respectivas, “en la última sesión ordinaria celebrada antes de las vacaciones de julio” de 1892 —según explicó en la Postdata, añadida al final del primer tomo en enero de 1893—, se dio a reunir poesías, tras el acopio de datos, y a escribir las dos primeras introducciones, con aquella prodigiosa actividad suya, durante ese verano que fue a pasar, como acostumbraba, en su patria chica.

No había tenido tiempo de examinar los materiales recibidos en la Academia Española, procedentes de algunas academias y de “otras corporaciones y personas a quienes oportunamente se había invitado para ese fin”, dice, por haberse

trasladado a Santander al día siguiente de que suspendió la Academia sus labores, según costumbre establecida en las vacaciones de verano.

En septiembre de 1892 —semanas antes, por consiguiente, de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América— terminó los capítulos de México y América Central, de acuerdo con el plan de la obra. De regreso en Madrid, para completar su trabajo antes de dar a la imprenta el material del primer tomo, examinó un ejemplar de la *Antología de poetas mexicanos*, de los dos que a la Academia Española había enviado la nuestra.

Tenía ese ejemplar —probablemente, conjunto de pruebas— descrito por él, 470 páginas, “no foliadas, sino numeradas con lápiz”, de las cuales correspondían a la introducción las primeras 52. Esto hace suponer que era de tipo más condensado o no llevaba interlínea la composición inicial, ya que la obra ten-

dría poco más de un pliego: 18 páginas, en la que se considera como "segunda edición" de esa antología, a pesar de no haberse aumentado su contenido.

OBSERVACIONES ACERCA DE LA COLECCION

Después de enumerar a los poetas, distribuidos en dos grupos, el de muertos y el de vivos, observó: "la necesidad de encerrar tantos poetas en el pequeño espacio de 400 páginas, ha obligado a los colectores mexicanos a no incluir generalmente más que una o dos composiciones de cada uno de ellos, a no ser tratándose de sonetos u otras piezas, muy breves".

Observó también que "gran parte de la colección se la llevan, además, con estricta justicia, los poetas vivos, entre los cuales hay algunos excelentes. Como mi plan era diverso —agrega, y eso quizás indica que no aceptó el primitivo de la Academia Española— he podido lograr

mayor espacio para los muertos, dándoles a conocer en mayor número de composiciones y géneros”.

COINCIDENCIAS Y DISCREPANCIAS

Dice además: “algunas veces he coincidido en la elección con la Academia Mexicana (y esto es señal casi infalible de acierto); otras no, por preferencias de gusto individual o de doctrina literaria, a que no puede ni debe renunciar el crítico, si ha de ser sincero”.

Menéndez y Pelayo declara también que de la *Antología de poetas mexicanos* tomó “a última hora”, para incluirlas en la suya, “composiciones de dos poetas: don Ramón Isaac Alcaraz, cuya muerte no había llegado a mi noticia, dice, y don Juan Valle, a quien yo conocía por su fama, pero no por sus obras.”

Rehusó incluir a los dos españoles y al cubano Heredia, por razones de nacionalidad; justificó, de acuerdo con su

punto de vista, la ausencia de otros como Alpuche, Sánchez de Tagle, Fernando Calderón y Manuel Peredo, y se refirió, finalmente, a José Sebastián Segura, influido por José Joaquín Pesado, su pariente y maestro. De aquél opinó, en esa Postdata, que es “algo incoloro, y a nuestro entender dista mucho del mérito de Arango, Martínez y Guzmán, insignes poetas místicos del Parnaso Mexicano”, antes de transcribir el soneto de Segura titulado “Confianza en Dios”, “que tenemos por uno de los mejores que compuso”, dice Menéndez y Pelayo.

ROA BARCENA Y LA ANTOLOGIA

Tan pronto como apareció el primer tomo de la antología que en dos había prometido publicar la Academia Española, José María Roa Bárcena —académico a quien, según se dijo ya, la mexicana había encargado de preparar la contribución de nuestra Academia, con

Casimiro del Collado—, comparó las dos colecciones de poesías, y tras la lectura de la Introducción y la Postdata, escribió acerca de ambas obras un trabajo que dio a conocer en el seno de la Academia Mexicana, la cual lo publicó en el tomo IV de sus *Memorias* (pp. 385-405).

Coincidió Menéndez y Pelayo con la antología de la Academia Mexicana, según Roa Bárcena observa, al elegir el soneto que “engrandece el hecho de Lucrecia” y el romance que principia “Finjamos que soy feliz”, de Sor Juana Inés de la Cruz —las dos composiciones con que en aquélla figuraba, a las cuales agregó otras 31—; la oda “Diez y seis de Septiembre”, de don Andrés Quintana Roo; la dedicada “A Iturbide en su coronación”, por Francisco Ortega; un fragmento, el VII, del poema “Jerusalén” —que la Academia incluyó completo—, otras 20 poesías y el canto cuarto de “La revelación”, de José Joaquín Pesado; las poesías “En la Inmaculada Concepción

de Nuestra Señora", de Alejandro Arango y Escandón; "Al Sagrado Corazón de Jesús", de Francisco de P. Guzmán, y "Por los desgraciados", de Ignacio Ramírez; e incorporó, según queda dicho por él, las composiciones "El otoño", de Ramón Isaac Alcaraz, y "La guerra civil", de Juan Valle. En ese estudio, fechado el 23 de septiembre de 1893, Roa Bárcena resume los antecedentes aquí recordados e informa sobre el criterio que predominó entre los miembros de la comisión, al dividir la antología en dos partes: la de poetas muertos y la de poetas vivos.

Mencionó a aquellos que hubiera querido incluir en uno y otro grupos, con poesías originales y aun con traducciones, y habló de la forma en que se enviaron a Madrid los dos ejemplares sin portada, en febrero y marzo de 1892, con la esperanza de que llegasen oportunamente para que Menéndez y Pelayo pudiera aprovechar la aportación de México y elegir de ella lo que mejor le pareciese.

EXAMEN DEL TOMO INICIAL

Después de dedicar unas frases de elogio a ese volumen inicial "en que, ante todo, brillan la magistral exposición y el juicio crítico de tan eminente humanista", dio Roa Bárcena los nombres de los quince poetas incluidos en la antología: la mitad de aquellos que en la formada por la comisión mexicana figuraron.

Fueron éstos, según es de todos sabido, Sor Juana Inés de la Cruz, fray Manuel Navarrete, Andrés Quintana Roo, Francisco Ortega, Manuel Eduardo de Gorostiza, Ignacio Rodríguez Galván, José Joaquín Pesado, Manuel Carpio, Alejandro Arango y Escandón, Ramón Isaac Alcaraz, Francisco de P. Guzmán, Juan Valle, José Rosas Moreno, Manuel Acuña y Manuel M. Flores. Dos de ellos, Alcaraz y Valle, fueron incorporados a la antología por don Marcelino Menéndez

dez y Pelayo, quien los encontró en la colección de poesías con la cual contribuyó nuestra Academia, según él explicó en la Postdata.

Roa Bárcena hizo también una síntesis de lo expresado en ésta, y convino en que la elección de composiciones —más abundantes que las incluidas en la antología de la Academia Mexicana, que abarcó muertos y vivos— fue también más acertada, “lo cual nada tiene de extraño, agregó, atendidas las dotes literarias de la persona que en Madrid se encargó de la selección”, es decir, don Marcelino Menéndez y Pelayo.

LA SEGUNDA PARTE

En la segunda parte de su estudio, que se inicia con palabras de gratitud para la Real Academia Española, Roa Bárcena hizo comedidamente la defensa de la antología mexicana, tanto en lo relativo a la selección de poetas como en cuanto

a algunas de las composiciones elegidas: "El alma privada de la gloria", de Navarrete; varias de las poesías de Pesado, y la "Oda a la patria", de Flores, a quien consideraba, en este aspecto, superior al erótico, "de ardor y crudeza asaz subidos de punto", según el mismo Roa Bárcena. La posteridad ha confirmado el acierto de Menéndez y Pelayo, en la elección de poesías.

Con menos entusiasmo defendió Roa Bárcena otras inclusiones de la antología mexicana: la de Fernando Calderón, apoyada en los méritos del dramaturgo —que Menéndez y Pelayo reconoció también, al oponerlo a Rodríguez Galván—; la de Alpuche, por "impresiones y simpatías de los primeros años"; las de Gómez de la Cortina y de Peredo —aquél, nacido en México, donde vivió y escribió, aunque muriera como "súbdito español", y "ambos más filólogos que poetas"; aunque eso, a su entender, no desluciera su obra lírica.

INCONFORMIDAD. OBJECIONES

Defendió también a Cuenca del cargo de “gongorista” —es decir, confuso—, ya que ello, decía, es “menos dañoso a la poesía lírica que el prosaísmo dominante del siglo décimooctavo”. De Acuña prefería Roa Bárcena otras composiciones, a los tercetos “Ante un cadáver”, que Menéndez y Pelayo incluyó en la antología.

Inconforme con la exclusión de Sánchez de Tagle, “a quien juzgó aquí muy favorablemente Zorrilla”, tampoco estuvo de acuerdo con el juicio que de Menéndez y Pelayo mereció Carpio, “nuestro poeta bíblico”; pero sí acató Roa Bárcena el fallo que a favor de éste pronunció aquél, al compararle con Peredo.

Tales fueron las únicas medidas objeciones hechas por José María Roa Bárcena, en nombre propio más bien que

como miembro de la comisión, al defender la antología de la Academia, que apareció más tarde, sin cambio alguno en la “segunda edición”, la cual fue “reproducción exacta de la primera” —en cuanto al contenido—, según se anotó en ésta, al publicarla.

ROA BARCENA Y DON MARCELINO

Conviene recordar que Roa Bárcena sostuvo, en 1889 y 1890, correspondencia con Menéndez y Pelayo, de quien recibió entusiastas elogios por varias de sus poesías originales y por sus acertadas traducciones de Virgilio, Horacio, Byron y Shakespeare, e indicaciones muy sagaces para mejorar algunos de sus versos, que Roa Bárcena en parte aceptó, al publicar algunas de las cartas de Menéndez y Pelayo —incluidas aquí, al final—, con las obras por él juzgadas, según comprobó el profesor Renato Rosaldo, quien estudia ese aspecto en la *Revista Ibero-*

americana, números 34 y 37 (enero de 1952 y octubre de 1953).

Al llegar a este punto, hay que preguntarse en qué obras se basó Menéndez y Pelayo, para preparar la parte relativa a México, de la *Antología de poetas hispano-americanos*, ya que antes de formarla y de escribir la Introducción, no tuvo en sus manos la edición inicial de la *Antología de poetas mexicanos* formada por la comisión de nuestra Academia, según declaraba él mismo —y nadie ha puesto en duda su aseveración—, en la Postdata de enero de 1893.

FUENTES DE MENENDEZ Y PELAYO

Allí dice cómo realizó ese trabajo: “valiéndome exclusivamente de mis propios libros y de los de algún amigo”, español sin duda, y probablemente de Santander, donde pasó, como en otros años, el verano de 1892. (En nota sobre las obras de los jesuitas expatriados, y en

particular el libro de Maneiro, menciona al amigo que se lo franqueó: “el ilustrado y generoso bibliófilo D. Juan Manuel Sánchez”.)

En cuanto a otras fuentes de que haya dispuesto, algo dice en la “Advertencia general” de la antología. En su excelente conferencia sobre Menéndez y Pelayo y su obra, el doctor Agustín Millares Carlo citó gran parte de ellas y comentó varias, con la atingencia habitual en el maestro, amigo y compañero.

ANTOLOGIAS Y COLECCIONES

Antes de destacar la *América poética* del argentino Juan María Gutiérrez, publicada en Valparaíso en 1846 —ya retrasada, por eso, e incompleta en varios países “tan importantes, decía, como México, de que parece haber logrado pocas noticias”—, Menéndez y Pelayo escribió: “Son en gran número las colecciones de poesías americanas publicadas hasta

ahora, pero su mérito no está en razón directa de su abundancia. De cada región hay una por lo menos, y además varias generales . . .”

Más adelante indicó: “Las antologías buenas o malas que tenemos nos han servido sólo para el estudio de aquellos poetas que no han llegado a coleccionar sus obras, o de aquellos otros cuyas colecciones no hemos podido conseguir en tiempo oportuno. Pero en lo tocante a los que no están en este caso y cuyas obras más o menos completas tenemos a mano, hemos seguido nuestro propio juicio en la elección; habiendo tenido mil ocasiones de observar cuán vario, caprichoso y a veces irracional es el criterio con que suelen proceder los editores de tales florestas.”

Y por último: “Los libros americanos escasean notablemente en Europa, y muchos, quizá de los más importantes, faltan no sólo en nuestra biblioteca particular sino en la de la Academia Española,

en la Nacional de Madrid y en otros depósitos públicos." Estas condiciones subsisten, sobra decirlo, en parte por la razón que él mismo apuntaba —la guerra—, en lo que se refiere a México, y quien viaje por Europa puede comprobarlo.

LA APORTACION DE ZORRILLA

Menéndez y Pelayo tuvo presente *La flor de los recuerdos* de José Zorrilla que desde la página 377 del tomo I incluye —como "Correspondencia al Exmo. señor D. Angel Saavedra, Duque de Rivas"— "México y los mexicanos", en cuyo capítulo II se refiere a "Literatura y artes".

Parte Zorrilla de Navarrete —de quien ofrece varias muestras líricas—, y da noticias de él y de Sánchez de Tagle, antes de mencionar a Couto, Ortega, Quintana Roo, Carpio, Olaguíbel, Tornel, Cardoso, Vargas, Hernández y otros escritores.

Zorrilla —que, erróneamente, llamó a “Fernández [de] Lizardi” Manuel— mencionó también a los fundadores de la Academia de Letrán: los Lacunzas, Tosiat Ferrer, Prieto; a Rodríguez Galván, Antonio Larrañaga, Ortega, Payno, Juan N. Navarro, Alcaraz, Pesado, Calderón, Lafragua, Joaquín Navarro, Aguilar, Munguía, Félix M. Escalante, Collado y otros, como Franco, Martínez de Castro, Gabino Ortiz (de Morelia) y José M. Esteva (de Veracruz), para llegar, después de detenerse en los románticos, a los escritores que vivían aún cuando el mismo Zorrilla estuvo en México.

Varias de las noticias y de las composiciones por aquél incorporadas en ese capítulo y en el siguiente (“Poetas mexicanos”), fueron tomadas en cuenta por Menéndez y Pelayo que, como académico, no podía pasar por alto algunas de las aportaciones y de los juicios de su colega, a quien menciona.

Tal acervo aparte, Menéndez y Pelayo disponía de una obra con la cual se mostró inconforme, al desconfiar, más que de la preparación, del gusto de su autor: la *Historia crítica de la poesía en México*, de Francisco Pimentel, que apareció en 1885.

En ella tuvo, sobre todo, que basarse la "Reseña histórica de la poesía mexicana", de J. M. Vigil, que precede a la *Antología de poetas mexicanos*, formada por la comisión de nuestra Academia en 1892, a solicitud de la Real Española.

Sin aludir a la segunda, Menéndez y Pelayo escribió acerca de Pimentel: "hombre muy estudioso y benemérito, pero de tan pobre y mezquino gusto como por sus obras literarias puede verse".

Tal criterio no impidió que Menéndez y Pelayo reconociera, en otra nota, algún mérito a la *Historia crítica de la literatura*

y las ciencias en México, de Pimentel, publicada en 1876, cuando escribió: "Consideraciones de índole enteramente personal me vedan exponer aquí un juicio que pudiera parecer apasionado, sobre el valor crítico de la obra del laborioso y erudito Sr. Pimentel. Baste decir que la parte de noticias está bastante completa, y puede consultarse con fruto."

Menos ecuánime se mostró desde luego Pimentel, al trazar sus "Breves observaciones a los escritos de D. Marcelino Menéndez Pelayo relativos a autores mexicanos", en las cuales regateó considerablemente los méritos del crítico hispano.

INTRODUCCIONES Y MATERIALES

Con esos materiales y el acopio de noticias acumuladas en varios lustros, Menéndez y Pelayo, según su Postdata, pudo formar en Santander, durante el verano de 1892 —entre julio y agosto—, la parte de la antología correspondiente a

México y la América Central, y escribir las respectivas introducciones.

Retocadas en septiembre —tras el retorno a Madrid y el examen de los materiales recibidos por la Academia Española—, aquel otoño fueron a la imprenta, y el primer tomo de la antología, que terminó con la Postdata, en enero de 1893, apareció este mismo año.

Para escribir su Introducción acerca de la poesía en México, Menéndez y Pelayo utilizó, pues, casi exclusivamente, los volúmenes de su propia biblioteca y algunos de los pertenecientes a aquel no identificado amigo que, como don Juan Valera, poseía obras de autores hispanoamericanos.

INFORMACIONES CONCRETAS

En cuanto a información bibliográfica y biográfica, además de lo muy limitado español —Rodríguez Marín, para Gutiérrez de Cetina y Mateo Alemán; Fer-

nández-Guerra y Orbe, para Ruiz de Alarcón; Gallardo, para Terrazas; Castro, Serrano y Sanz, para diversos autores—, tuvo a mano y cita con frecuencia, para nuestro siglo XVI, los estudios, las ediciones y la obra magistral de García Icazbalceta —que el mismo doctor Millares Carlo ha adicionado en forma tan notable—; para ése y los siglos inmediatos, las obras de Eguiara y Eguren, Beristáin, Andrade, León —en parte—, Medina, y para los más próximos, las biografías de Sosa y los estudios de Arróniz, Pesado, Altamirano, Collado, Peza, Agüeros, Roa Bárcena, Vigil, Montes de Oca y, acaso, Pimentel, con las reservas ya indicadas.

Con tan reducida información y escasas fuentes de consulta, no siempre bien dotadas, Menéndez y Pelayo obtuvo resultados muy superiores a los que cualquier otro, que no fuera él, habría podido

lograr dentro del término en que las circunstancias lo obligaron a concluir el primer tomo de la antología.

CONOCIMIENTO ANTERIOR

Por otra parte, existieron antecedentes que debemos tomar en cuenta, al examinar ese trabajo. Con anterioridad Menéndez y Pelayo había avanzado en su camino para acercarse a los autores hispanoamericanos, en sus conexiones con la literatura española, a través de obras por él ya emprendidas. Nos limitaremos aquí a hablar de algunos escritores de México.

Desde antes de 1885, al redactar el espléndido capítulo de su *Bibliografía hispano-latina clásica* que es *Horacio en España*, se acercó a Ruiz de Alarcón y a Sor Juana Inés de la Cruz, y buscó "los orígenes de la moderna poesía de Nueva España, en la llamada *Arcadia mexicana*,

de la cual fue Mayoral Fr. Manuel Navarrete”.

Castillo y Lanzas, Carpio y Sánchez de Tagle, juzgados por él con severidad, quedaban —a pesar de eso— colocados allí en el lugar que desde entonces conservan, tanto en las antologías como en las historias de nuestra literatura.

A José Joaquín Pesado, a quien Peza no había incluido en su *Lira mexicana*, lo situó Menéndez y Pelayo “al frente de todos los poetas mexicanos” —de su tiempo, se entiende—, y, antes de agregarlo, en una adición, mencionó a Anastasio de Ochoa, como traductor de Diego José Abad; aunque no con la precisión deseable, en cuanto al título y la obra, según Pimentel observaba.

En su *Historia de las ideas estéticas en España*, aparecieron mencionados, además, los poetas Francisco Javier Alegre y Pedro José Márquez — a quien Beristáin olvidó incluir en su *Bibliotheca*.

En cuanto a escritores coetáneos suyos, Menéndez y Pelayo logró conocerlos y estimarlos a través de la abundante correspondencia que sostuvo, de fines del siglo XIX a principios del actual, con algunos que se hallaban distanciados entonces por las ideas políticas. Entre sus correspondientes figuraban Collado y Roa Bárcena; durante más de una década, Montes de Oca —para cuyas traducciones de bucólicos griegos escribió el prólogo—, Pagaza, Rafael Angel de la Peña, García Icazbalceta, González Obregón, Vicente Riva Palacio, Icaza, Sosa, Nervo y otros que no eran tan conocidos como los mencionados. Algunas de las cartas a dos de ellos dirigidas, se reproducen al final del presente estudio.

El *Epistolario* de Menéndez y Pelayo, que ha reunido con acuciosidad y eficacia

Enrique Sánchez Reyes, es aleccionador en muchos aspectos. El afirma que, antes de escribir sus prólogos críticos, en 1892, "tenía don Marcelino reunido gran número de materiales y bien conocido y pensado el asunto".

SU CORRESPONDENCIA

El mismo Sánchez Reyes decía en 1951, en la advertencia del sector de ese *Epistolario*, reimpresso en 1955 por la Junta Central del Centenario de Menéndez y Pelayo, que "si difícil era, en el corto espacio de poco más de dos años en que se publicaron los cuatro volúmenes de esta obra, reunir a tal distancia y sin apenas estudios monográficos previos, la multitud de materiales y datos que en ella se acumulan, resultaba casi imposible formular aquellos juicios tan serenos y clarividentes, señalar tendencias y escuelas, trazar las líneas fundamentales e in-conmovibles que todos los historiadores

han seguido después en el estudio de aquellas literaturas, aún no trabajadas por la crítica cuando amorosamente las cogió en sus manos . . .” Pero “la labor venía realizándose año tras año desde hacía quince, y publicada su antología continuó don Marcelino su tarea veinte años más, en ansias de perfección, hasta su muerte”.

Con razón opinaba Hans Juretschke, en la revista *Arbor* —al comentar otro aspecto del *Epistolario* de don Marcelino, en 1953—, que sus cartas revelan “una extraordinaria generosidad . . .” “Se ve en ellas la actitud del humanista, la pasión patriótica, la tenacidad y humildad del erudito . . .”

De todo esto hay en la correspondencia que Menéndez y Pelayo sostuvo con sus amigos mexicanos, a quienes guió y estimuló eficazmente, antes y después de formar la antología que se convirtió en *Historia de la poesía hispano-americana*.

Por ello, decía en las “Advertencias generales” de su historia: “Hemos procu-

rado fortalecer e ilustrar nuestro juicio con el de los varones doctos de las diversas regiones americanas, ya por comunicación directa, ya en sus libros y estudios de crítica, y si alguna vez erramos será de buena fe, por deficiencia de noticias o de gusto, nunca por perversión o malignidad de la voluntad, ni por celo patriótico indiscreto y mal encaminado.”

MODIFICACIONES EN EL PLAN

A ese intercambio intelectual que le permitió afirmar su criterio, deben atribuirse algunas modificaciones en el plan inicial de la antología, en la cual la Academia quiso incluir poetas coetáneos, cuando la proyectaba en dos tomos. El mismo habla de que se pensó formar también una antología de prosistas, y después de ceñirla a la poesía en castellano —con lo que excluyó la poesía en lenguas indígenas—, aún se prometía, en

1910, completarla “con el tratado de la poesía portuguesa en el Brasil”, según se dijo antes.

Aunque no movieran su pluma propósitos de polemizar, Menéndez y Pelayo no olvidaba, al escribir la Introducción de la parte correspondiente a México, su punto de vista — discrepante del que habían adoptado algunos de nuestros críticos (Pimentel, desde luego).

Además, después de haber leído la antología que envió la Academia Mexicana a la Española —precedida de la “Reseña histórica” de J. M. Vigil—, creyó necesario referirse a la elección de algunas composiciones incluidas en aquélla. Se propuso, de paso, exponer su criterio, en relación con la *Antología de poetas hispano-americanos*, y fundar algunos de los juicios propios, a la vez que apoyaba la selección por él hecha de las poesías.

SUPRESIONES Y ADICIONES

Al reimprimirse la Introducción —que conserva, con el subtítulo: “Advertencias generales”—, en nada la modificó Menéndez y Pelayo. En cambio, en el capítulo de México, sí introdujo cambios e hizo algunas supresiones —muy contadas— y adiciones; sobre todo, en las notas, para poner al día la parte biográfica y bibliográfica, de Cetina, Mateo Alemán, las *Flores de varia poesía*, las obras de Belmonte y sus coetáneos; el *Triunfo Parthénico*; la *Canción* de Matías de Bocanegra; la *Primavera indiana*, de Sigüenza y Góngora; algún centón virgiliano; las obras de Salazar y Torres y de Sor Juana; las originales de Abad; los escritos de Maneiro, Bruno Francisco Larrañaga y Manuel Eduardo de Gorostiza, y dio también noticias sobre otros autores.

A tal propósito bien definido —honradez de crítico literario consciente—, se debieron aquellas páginas de la Introducción en las que aparecen varias digresiones acerca de determinados poetas: épicos, líricos y dramáticos.

VALOR DE LA ANTOLOGIA

El valor de la antología, de la que separó en 1910 las introducciones, adicionadas y modificadas en parte, para “reimprimirlas formando cuerpo de historia”, ha sido juzgado por quienes recorrieron más tarde la senda en que él los precedió con firme, seguro paso.

De sus innegables méritos se ha hecho justiciera mención, aquí, varias veces. A pesar de que, según decía él mismo, en la advertencia “Al lector” de noviembre de ese año, “en América ha sido más leída, y no siempre rectamente juzgada”, la serenidad de los juicios se abrió paso, a medida que fue asentándose lo que en-

turbió la reacción inmediata, que —conviene advertirlo— en México fue menos violenta que en otras repúblicas de Hispanoamérica.

POSICION DE MEXICO

Nuestro país resultó favorecido en esa obra de Menéndez y Pelayo, en varios aspectos: no sólo por la posición que, de acuerdo con el plan de la obra, le correspondía, al encabezar el conjunto.

Confirma esa actitud de leal interés, la frase final de las “Advertencias generales”, según la cual México es “principal representante en el Norte de América del genio de nuestra raza”, y las palabras con que se inicia la parte de México, donde habla del virreinato de Nueva España: “la parte predilecta y más cuidada”, “aquella donde la cultura española echó más hondas raíces”.

Se advierte la atención con que el crítico —sin duda, no sólo por espontánea

simpatía hacia sus amigos, los correspondientes de México— sigue el plan que él se trazó, dentro de ese capítulo inicial de su obra. El hecho de que se detenga a proporcionar detalles y dé mayor espacio a los antecedentes históricos, para crear la perspectiva indispensable; los elogios que dedica a la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* —“obra en su línea de las más perfectas que posee nación alguna” —, y a su autor, don Joaquín García Icazbalceta —“gran maestro de toda erudición mexicana” —, son también confirmaciones de ello.

AMPLITUD DE LA OBRA

A veces, en la misma parte, rebasa el límite fijado a la obra, para referirse a huéspedes ilustres, de los que contribuyeron a iniciar la cultura mexicana y, en particular, a Bernardo de Balbuena, sobre cuya obra escribió, como en otros casos, un parecer definitivo, al cual se ha

vuelto, más tarde, ya que sólo en lo biográfico ha sido aquél superado.

Las obras dramáticas de González de Eslava y de Pérez Ramírez, en el siglo XVI, y de Ruiz de Alarcón, en el siguiente, merecieron de él breves pero bien fundados juicios, a pesar de que también caían, en parte, fuera de la zona previamente marcada.

Otro tanto debe decirse acerca de las tentativas épicas de Terrazas y Saavedra Guzmán — aunque hayan sido rectificadas en nuestros días, principalmente, varios de sus juicios sobre el segundo de esos poetas.

JUICIOS SOBRE LA LIRICA

Los que expresó acerca de algunos líricos de las centurias inmediatas —Matías de Bocanegra, Sigüenza y Góngora—, apenas han sufrido retoque. En cuanto al que redujo su admiración hacia Sor Juana —aunque no tanto como se su-

pone—, debe tomarse en cuenta la formación clásica del crítico, adverso por igual a culteranos y conceptistas, no sólo hispanoamericanos, y recordar el cuidado con que adicionó la entonces incipiente bibliografía sorjuanista. Esa admiración, razonada, consciente, le lleva a rebasar la treintena de composiciones de Sor Juana, en la antología, que incluye, además, un aspecto de su producción dramática: el *Auto sacramental del Divino Narciso* que él señaló, certero.

También amplió las noticias y los datos sobre la obra de los humanistas del siglo XVIII: los jesuitas desterrados —Abad, Alegre—, con la que había estado en contacto desde mucho antes.

Si Lizardi, por sus poesías, ocupa limitado espacio y otro tanto ocurre con los fabulistas que le suceden, como Sartorio, en cambio dedicó a Navarrete abundantes páginas en la antología y atinados juicios en la Introducción que la precede.

De los poetas de ese siglo, con el que cerró la obra —que, como las demás inconclusas, pudo tener futuras ampliaciones, de haber sido más larga su existencia—, después de Navarrete, fueron Gorostiza, Rodríguez Galván y José Joaquín Pesado los que retuvieron más largamente la atención del crítico; el primero, como dramaturgo y comediógrafo. Son justicieras las líneas que consagra, en este aspecto, a Fernando Calderón, a pesar de no haber incluido poesía alguna de él, en la antología.

En cuanto a Pesado, no obstante la digresión con que opone sus méritos a las relativas cualidades de Carpio, resulta justiciera también su defensa de supuestos plagios que otros le imputaban.

SERENIDAD. EQUILIBRIO

El equilibrio, la serenidad —dentro de la inevitable pasión— del crítico hispano, se descubren con frecuencia, en su estu-

dio de la poesía mexicana. Por ejemplo, cuando examina y acepta, aun con alguna reserva explicable, obras de quienes se movían en terrenos antagónicos, por su estética y por las convicciones religiosas o políticas.

Así, al escribir sobre Ignacio Ramírez, o sobre Manuel Acuña —“modelo peligrosísimo”, dice—, a quien abiertamente elogia, por los aciertos de “Ante un cadáver”: “una de las más vigorosas inspiraciones con que puede honrarse la poesía castellana de nuestros tiempos”. Otro tanto acontece en su defensa de Flores, a quien incluye, no como épico —según quería Roa Bárcena— sino, certamente, con su poesía erótica.

Quien suponga estrecho y cerrado al futuro inmediato, el recinto de la poesía mexicana, según el parecer de Menéndez y Pelayo, debe releer los últimos párrafos de su Introducción, en la parte de México, donde se advierte ya, en 1892, la presencia del modernismo, al hablar

de “un brillante grupo de poetas jóvenes, que traen ideales artísticos muy diversos, y en los cuales [. . .] predomina el gusto de los *parnasianos* franceses y de algunos poetas italianos”. Y esa otra frase, que viene a continuación, con la que expresa un voto, sin duda cumplido, al desear “que tal tendencia favorable siempre a la pulcritud y al esmero en la técnica”, se concilie en esos poetas “con lo que de ellos exige la tradición poética española, y con el respeto a las grandes y primitivas fuentes de toda poesía!”

DEFECTOS. OMISIONES

Una “crítica” miope —de las que, con lente amplificador, aumentan el diámetro de los defectos— llegó a abultar los errores que pudo cometer Menéndez y Pelayo, al elaborar festinadamente su antología que iba a convertirse en *Historia de la poesía hispano-americana*. Desde el hecho de interpretar como “María”, por

ser la inicial usada para ello, la *M* con que abreviaba su segundo nombre de pila Ignacio Manuel Altamirano, hasta el de atribuirle erratas que no existieron en la Introducción primitiva y que aparecen después, en el capítulo inicial de la historia, como ese *Tetzuco* en que se convirtió Tezcuco, al tratar de añadirle la segunda *t* que en la primera faltaba.

En cuanto a las omisiones en que haya podido incurrir, con anterioridad quedaron señaladas las principales, y no será necesario insistir sobre eso nuevamente. Por lo demás, sólo es lícito culparlo de aquellas que, con información más abundante y oportuna, pudo haber salvado, en la primera o la segunda ediciones de su estudio y en las notas del mismo. Sería absurdo pretender que él adivinara la existencia de materiales que otros investigadores encontraron después en los archivos, donde aún se conservan tantos papeles que nosotros desconocemos, transcurrida más de media centuria desde

que apareció en Madrid, impresa en el Establecimiento Tipográfico "Sucesores de Rivadeneyra", la antología de la Real Academia Española.

BASE PARA OTRAS EXPLORACIONES

Así debe considerarse el resultado de la exploración realizada por varios de los historiadores de la literatura mexicana que vinieron después —y algunos, como González Peña, se apoyan en aquella obra—; los descubrimientos de Millares Carlo, en torno a Cervantes de Salazar, Eguiara y Eguren y otros latinistas y bibliógrafos, y las investigaciones y los estudios de Jiménez Rueda, sobre los heterodoxos, y de Alberto María Carreño, sobre diversos escritores mexicanos; de Edmundo O'Gorman y Salvador Toscano, dentro de la poesía; del Paso y Troncoso y Rojas Garcidueñas —después de Nicolás Rangel—, en el teatro primitivo; de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso

Reyes y Antonio Castro Leal, en la zona de Ruiz de Alarcón, preferentemente.

Fuera de la zona que ocupan los sorjuanistas de Norte y Centro América y las Antillas, con los Méndez Plancarte a la cabeza —además, en lo que se refiere a poetas y humanistas novohispanos—, hay que incluir los trabajos de quienes tuvimos la suerte de hallar documentos que han permitido precisar fechas y sucesos, en el XIX, como Toussaint, en relación con Navarrete, Francisco González Guerrero y quien esto escribe, en torno a varios poetas, en campos que actualmente siguen recorriendo, con fortuna, jóvenes de los formados en esta facultad y en El Colegio de México.

Si hemos podido avanzar algún trecho por esa ruta, somos deudores, en gran parte, al esfuerzo inicial de Menéndez y Pelayo, cuyos aciertos de elección y crítica, en la antología y en su *Historia de la poesía hispano-americana*, fueron decisivos para ello.

A cambio de alguna omisión involuntaria, a él se debió, entre otros hallazgos, el de las poesías de Fermín de la Puente y Apecechea, el mexicano que dio en España su obra, y a quien él rescató para la literatura mexicana.

DISENTIMIENTO Y CONFORMIDAD

Podremos disentir, y disentimos, de algunos de su pareceres, como —en parte, al menos— el que se refiere a Sor Juana y, en general, a los barrocos, por él desdeñados, en aquello que resulta opuesto al equilibrio de los clásicos.

Estamos lejos de pensar lo mismo que él, acerca de la poesía indígena, aunque su “prudente cautela” nos parece justificada, en aquel tiempo y en tal circunstancia, por la carencia de material respetable, ahora suficientemente estudiado y reconocido como idóneo por Angel María Garibay, en primer término. Algunas existencias, casi ignoradas entonces —la

misma de Sor Juana—, ofrecen ya menos enigmas.

Sabemos más acerca de libros y lecturas, en varios sectores; conocemos los móviles de algunos hechos que él no pudo presentir, y tratamos de entender mejor por qué ciertos asuntos fueron tratados en determinada forma por los autores, al situarlos en su época. Lo sabemos gracias a los hallazgos que permitieron esclarecerlos en nuestros días; pero todo ello ha podido lograrse merced a los sólidos cimientos que, para el examen y la cabal inteligencia de la poesía mexicana, echó Menéndez y Pelayo.

RECONOCIMIENTO. PARECERES

El profesor John E. Englekirk, de la Universidad de Tulane, en Louisiana, ha recordado alguna de las aportaciones mencionadas arriba, en su estudio "*La Antología de poetas hispano-americanos y el hispanismo norteamericano*", que

apareció en el homenaje de la revista *Arbor* a Menéndez y Pelayo (números 127 y 128 del tomo XXXIV, julio-agosto de 1956), y a la vez le ha hecho justicia.

Englekirk, autorizado para ello por su preparación y su permanencia en España, donde fue catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, ha reconocido en ese digno estudio lo que un investigador tan serio como él debe a la atenta lectura de la mencionada antología y “el gran impulso dado por Menéndez y Pelayo a los intentos titubeantes de fines del pasado siglo”.

Pedro Laín Entralgo ha escrito, en su obra consagrada a Menéndez y Pelayo: “intentó siempre —algunas veces no lo consiguió— discriminar con rigor y claridad el verdadero valor de la producción intelectual ajena”. Su *Historia de la poesía hispano-americana* permite confirmarlo.

La autoridad, el prestigio de Menéndez y Pelayo pesan tanto aún, que es difícil para la crítica actual tomar otros rumbos y apartarse de las opiniones que él dio acerca de la poesía en Hispanoamérica, según ha observado Andrés Henestrosa.

OTROS ASPECTOS DE LA OBRA

Puesto que mi predecesor —mencionado aquí con menos frecuencia de la que en realidad le corresponde— no sólo allanó el paso a quienes le seguimos ahora, al proporcionar antecedentes de Menéndez y Pelayo, sino que acertó la senda, al definir la actitud de aquél ante la literatura hispanoamericana y la adoptada por la crítica frente a su obra, debemos referirnos únicamente a otros aspectos de ella.

Al situarla dentro de su vasta producción, en parte lamentablemente trunca, advertimos que hasta 1891 van apare-

ciendo los tomos de la *Historia de las ideas estéticas*; desde 1890 ha iniciado la *Antología de poetas líricos castellanos* —la cual interrumpirá después de llegar al tomo 13—, y entre 1892 y los años siguientes, al mismo tiempo que forma la antología que se convertirá más tarde en *Historia de la poesía hispano-americana*, escribe los *Orígenes de la novela* y prosigue otras obras que por su muerte —y quizá un postrer desaliento que le llevó a transitorias evasiones— quedarían inconclusas.

Algo de eso deja traslucir cuando declara, a fines de 1910, un año y meses antes de su extinción, que la historia a la cual especialmente nos referimos es, de todas sus obras, “la menos conocida en España”.

Ahora es más conocida —después de reimpressa en 1948, dentro de la Edición Nacional de sus obras completas—; pero sigue un poco olvidada, sin que en esto

haya desdén o ignorancia, aun por críticos preparados y atentos.

PUNTO DE VISTA INDIVIDUAL

Dámaso Alonso, en su reciente obra *Menéndez Pelayo, crítico literario* —de cuyo subtítulo no queremos acordarnos aquí—, la menciona sólo una vez, al enumerar las obras del autor, y nos deja con el deseo de conocer su fallo sobre la antología y la *Historia de la poesía hispano-americana*.

Sin que llegue a decirlo, parece que al hablar de la interrupción de la otra antología: la de poetas líricos castellanos, lamenta que la haya dejado en suspenso —en parte, por iniciar aquélla—, precisamente cuando iba a estudiar a Garcilaso. Lo deplora, sobre todo, porque hubiera deseado que el crítico rectificara su actitud ante Góngora, por él incomprendido.

Nosotros lo deploramos igualmente, puesto que así habría podido modificar también su fallo adverso acerca de la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz —con las omisiones ya señaladas por el doctor Millares Carlo, uno de los reparos más serios que puedan hacerse a esa obra—; pero nos parece que Dámaso Alonso, y con él otros críticos que de igual modo piensan, deben conformarse, frente a lo ineludible, con la compensación que en cierto modo ofrece la *Historia de la poesía hispano-americana*.

UBICACION DE LA HISTORIA

Como rama de la poesía española, en los tres siglos de la dominación hispana en América —del Renacimiento a la edad moderna—, la crítica de esta poesía, que no excluye la épica y la dramática, debe insertarse en la obra de Menéndez y Pelayo, junto a aquélla: en sitio próximo, aunque a menor altura.

Habrá que verla, por consiguiente, como una prolongaci3n y no como una desviaci3n de la trayectoria que él seguía, al ir avanzando entre afirmaciones y rectificaciones hacia la historia, en conjunto, de la literatura española, por él proyectada.

Porque su experiencia había ganado, en el comercio de ideas con gente de otros países: Francia, Italia, Suiza, Alemania; Norte, Centro y Suramérica. El crítico juvenil, alguna vez iconoclasta —por la suficiencia propia de esa edad—, había ido superándose, con la madurez, en la que también fue precoz, y había ganado mucho al modificar su criterio, en relaci3n con algunos fen3menos hist3ricos y literarios.

SIGNIFICACION DEL HUMANISTA

El humanista fue haciéndose más hondamente humano. Lo demuestra no s3lo su amplitud de criterio al llamarse

“ciudadano libre de la República de las Letras”: los prejuicios, si en él subsistían, eran cada vez más restringidos, a pesar de la tradición a que pertenecía, base de su sólida estructura interna.

Lo probaba su capacidad de interesarse por los nuevos fenómenos: esa facultad de comprender y esa simpatía con que tendió la mano, en actitud cordial, hacia América, sin hacer distinciones, con ademán conciliador, fraterno.

Otros lo habían intentado; mas con el aire de protección de quien otorga desde la altura. Don Marcelino Menéndez y Pelayo fue el primero que, sin erguirse en un pedestal prematuro, mostró el camino por el que se llegaría a la meta de un positivo, generoso entendimiento, en el campo de la poesía hispanoamericana y, en particular, de nuestra literatura.

OBRAS CONSULTADAS

DE MENÉNDEZ Y PELAYO:

“Bucólicos griegos”. En *Poetas bucólicos griegos*, traducidos en verso castellano por Ignacio Montes de Oca y Obregón, obispo de Linares. Biblioteca clásica, t. XXIX. 2ª edición. Víctor Saiz. Madrid, 1880. Pp. III-XIII.

Historia de las ideas estéticas en España. En Obras Completas de M. P. 5 tomos. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, 1943. T. I, 530 p.; t. II, 508 p.; t. III, 667 p.; t. IV, 422 p.; t. V, 496 p.

Historia de la poesía hispano-americana. Victoriano Suárez. Madrid, 1911-1913. 2 tomos. T. I, “Al lector”, pp. IX-X; “Advertencias generales”, pp. 11-19; cap. 1º, “México”, pp. 21-173.

Bibliografía hispano-latina clásica. Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes. Aldus, S. A. de Artes Gráficas. Santander, 1953. T. VI (*Horacio*) 585 p., 1951; t. X (Miscelánea y Notas para una Bibliografía greco-hispana), 445 p.

DE OTROS AUTORES (Libros y revistas) :

Academia Mexicana correspondiente de la Real Española. *Antología de poetas mexicanos.* Segunda edición. Of. Tip. de la Secretaría de Fomento. México, 1894. Advertencia, pp. V-VI; "Reseña histórica de la poesía mexicana", de J. M. Vigil (dic. 1891), pp. 1-149; Notas, pp. 51-56; Poetas muertos, pp. 61-210; Vivos, pp. 213-448.

Alonso, Dámaso. *Menéndez Pelayo, crítico literario (Las palinodias de don Marcelino).* Biblioteca románica hispánica. Ed. Gredos. Madrid (1956), 115 p.

Englekirk, John E. "La *Antología de poetas hispano-americanos* y el hispanismo norteamericano." En *Arbor.* Revista general de in-

vestigación y cultura. Nos. 127-128, t. XXXIV. Madrid, julio-agosto de 1956. Pp. 486-502.

Juretschke, Hans. "Menéndez Pelayo en sus cartas." En *Arbor*. Revista general de investigación y cultura. N° 90, t. XXV. Madrid, junio de 1953. Pp. 179-186.

Láin Entralgo, Pedro. *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales*. Editorial Juventud Argentina. Buenos Aires (1945). 346 p.

Pimentel, Francisco. *Historia crítica de la poesía en México*. Nueva edición corregida y muy aumentada. Of. Tip. de la Secretaría de Fomento. México, 1892. 976 p.

Real Academia Española. *Antología de poetas hispano-americanos*. 4 tomos. Establecimiento Tip. "Sucesores de Rivadeneyra." Madrid, 1893-1895. T. I. México y América Central. Introducción, CCXXXII p.; Advertencias generales, XIV p.; México, CLVIII, 284 p.; América Central, CLXXXII, 392 p.

Roa Bárcena, J. M. "Antología de poetas de México." En *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española*. T. IV. México, 1895-1899. Pp. 385-405.

Rosaldo, Renato. "Menéndez y Pelayo y Roa Bárcena: una disensión académica." En *Revista Iberoamericana*. Vol. XIX, núm. 37. Imprenta Universitaria. México, octubre de 1953. Pp. 35-64.

Sánchez Reyes, Enrique. "Advertencia" para *Menéndez Pelayo y la hispanidad*. *Epistolario*. Segunda edición aumentada con nuevas cartas, notas e índices. Santander, 1955. 409 p. incl. índices.

Zorrilla, José. *La flor de los recuerdos*. Ofrenda que hace a los pueblos hispano-americanos. Imp. del Correo de España. T. I. México, 1855. 534 p.

CARTAS A DOMINGO ARAUJO

Señalado, 2 de setiembre (año) de 1878

Mi hijo D. Domingo Montes de Oca
Calle de Yarramendi

CARTAS

Querido hijo, he escrito a tu mamá
para que te envíe un libro de los Barro
que yo te había escrito. Espero que
te guste. Te envío también un
pequeño cuaderno con algunas
cosas que he escrito para ti. Espero
que te sirvan de algo. Te mando
un abrazo de tu mamá y de mí.
Domingo Araujo

CARTAS A IPANDRO ACAICO

Santander, 6 de setiembre (*sic*) de 1878.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.

Obispo de Tamaulipas.

Muy señor mío, y de toda mi veneración y respeto:

Embelesado con la lectura de la hermosa, fiel y elegantísima traducción de los *Bucólicos griegos*, publicada en Méjico por Ipandro Acaico, que leí (dos meses hace) en Madrid, en un ejemplar que me facilitó un académico amigo, procuré desde luego averiguar el nombre del recatado traductor, para felicitarle sinceramente por el obsequio a las Musas Castellanas, enriqueciendo con una nueva y primorosa traducción nuestra literatura, no muy rica en este género. Supe que era V. S. I. el

intérprete (no tema V. S. I. que lo divulgue), y hoy le escribo (aprovechando la ocasión de hallarse en ésta mi buen amigo y paisano D. Casimiro Collado) y tengo el atrevimiento de ofrecerle un ejemplar de mis versos recientemente coleccionados, donde hay tres o cuatro traducciones de Teócrito y de los otros bucólicos. Verá V. S. I. que uno de los idilios traducidos es el "Oaristys", por tan justos motivos suprimido en la versión de Ipandro. Yo tampoco me he atrevido a ponerle más que en 25 ejemplares de regalo, dedicados a mis amigos. Uno de los dos últimos ejemplares que me quedan es el que a V. S. I. envío.

Suplico a V. S. I. que le acepte, no por su valor intrínseco, que es ninguno, sino como muestra de admiración al ilustre prelado mejicano que uniendo (como los prelados del Renacimiento) las letras clásicas con las sagradas, ha dado tan gallarda muestra de helenismo y de poesía castellana, de cuyos tesoros y riquezas es dueño.

¿Por qué no emprende V. S. I. (y perdóneme la impertinencia) la versión de algún otro poeta griego, de los no traducidos o traducidos mal, al castellano, v. g. Hesíodo, Píndaro, Sófocles, Apolonio de Rodas...?

Aun tengo que manifestar a V. S. I. otro deseo, y éste sí que es impertinente. Desearía poseer un ejemplar de los *Bucólicos* con dedicatoria autógrafa de Ipandro Acaico. V. S. I. que es tan amigo suyo dígaselo al oído.

Besa su mano a V. S. I. su afmo. s. s. s.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

Santander, 28 de julio de 1879.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.

Mi respetado señor y carísimo amigo:

Recibí su gratísima del 16 de junio, y como supongo a usted ya en Europa, dirijo esta carta a Londres para que desde allí se la remitan a usted a donde se halle.

Gratísima satisfacción he tenido leyendo la suya, al ver que sigue usted solazándose de tiempo en tiempo con traducciones poéticas, y que tiene ya bosquejadas dos Olímpicas de Píndaro. ¡Cuánta falta hace un Píndaro castellano como V. S. sabrá hacerlo! El pobre Berguizas sabía griego, y no era mal crítico; pero poesía no la conocía ni por asomos. Versificaba a fuerza de cuñas. Aun es más floja y menos poética la traducción de los hermanos Canga

Argüelles. Anímese usted a llenar este vacío, que es grande en nuestras letras.

Mucho deseo ver las traducciones de "El papagayo" y del "Amor de cera", que serán sin duda tan elegantes y delicadas como las demás que de usted conozco. ¿Por qué no dedica usted parte de sus ocios a traer al castellano los fragmentos selectos de los líricos griegos menores y algo de los mejores de la Antología?

Desde mi última carta, ocupado como estoy en la revisión de mi *Historia de los heterodoxos españoles*, no he tenido tiempo para hacer más versos que la traducción de *Los siete sobre Tebas* de Esquilo (el *Prometeo* lo tengo traducido desde el verano pasado), y una epístola en verso suelto *Ad Sodales*, que recibirá usted dentro de esta carta; porque si la mandara suelta, como es un cuaderno, quizá se perdería. Dígame usted qué tal le parece. ¹

Reuniré los libros que envié a usted a Tampico, y volveré a mandar un ejemplar a Londres. El tomo de mis *Polémicas* está agotado; pero se reimprime ahora, y cuento poder ofrecer a usted, antes de mucho, un ejemplar. Valera, que admira como yo las altas dotes poéticas de usted y su generoso entusiasmo por la belleza clásica, me encarga que salude a usted en su nombre.

Mucho deseo que venga usted por España para que nos conozcamos y tratemos y se acreciente la buena amistad, que ya desde tan lejos nos profesamos.

De Méjico y de sus literatos no he tenido noticias tiempo ha. Mi amigo y paisano Collado está en París y se propone hacer una edición de sus poesías. Cuando estuvo el verano pasado en Santander, me habló mucho de usted con el grande elogio que usted merece.

Estoy en Santander a pasar las vacaciones. Volveré a Madrid a fines de setiembre. Puede usted escribirme a aquella capital o a ésta; es lo mismo. Deseo mucho saber de usted y del buen resultado de su viaje. Con todas veras es de usted afmo. s. s. y amigo que su mano besa.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

Madrid, 11 de diciembre de 1879.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.
Obispo de Linares.

Mi amigo y dueño:

Recibida su carta del 9 de noviembre con la copia de las dos lindas traducciones de "El pájaro de Corina" y del "Amor de cera". Ya están en poder del Director de *La Ilustración Española*, y saldrán en uno de los próximos números. El amigo Collado (que está aquí ahora) ha querido que junto con ellas, se imprima la elegante oda sáfica que usted me dedicó el año pasado. Creo que usted no lo llevará a mal. ²

Estoy deseando ver a usted por aquí, y espero que sea antes de mucho. Entonces verá usted alguna muestra de la traducción de Esquilo que con Valera he emprendido.

Hasta ahora llevo hechas dos tragedias: *Prometeo* y *Los siete sobre Tebas*.

Deseo mucho conocer algo del Píndaro de usted. Nadie más a propósito para traer a nuestra lengua las inspiraciones del Cisne de Dircea, que aquel Ipandro que tan dulcemente hizo resonar la fistula de Teócrito.

Valera me encarga que dé a usted las gracias por la dedicatoria de su bella poesía, y yo se las doy a usted en su nombre y en el mío.

La homilía por usted predicada en Ciudad Victoria, me parece de lo más elocuente y fervoroso que ha salido de labios castellanos.

Sabe usted que de veras le admira su buen amigo y servidor.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

Madrid, 14 de febrero de 1880.

Sr. D. Ignacio Montes de Oca.

Mi distinguido amigo y señor:

Escribo a usted aun a riesgo de que esta carta no le encuentre ya en Roma, pues quizá se haya puesto usted en camino para España donde le esperamos como el agua de mayo.

Si este año hubiera oración fúnebre de Cervantes, de seguro que estos Académicos invitarían a usted a pronunciarla, y oiríamos algo digno de los Basilio y Crisóstomos. Pero la oración fúnebre no es más que cada tres años: la hubo el pasado, y en éste no corresponde.

Ya habrá usted visto en *La Ilustración* publicados "El papagayo de Corina" y "El amor de cera".

Envío a usted una oda mía reciente a unos pescadores que se ahogaron en el espantoso temporal de hace dos años. ³

Como espero a usted aquí muy pronto, entonces le entregaré, y no remito ahora porque no se pierda, un ejemplar de la segunda edición que acabo de hacer sobre *La ciencia española*, y alguna otra cosilla.

De usted verdadero amigo y admirador.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

Madrid, 31 de junio de 1880.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.

Mi querido amigo y señor:

Escribo a usted con el pie ya en el estribo para irme a Santander.

Leí las traducciones pindáricas, y me parecieron admirables; pero (*salvo meliori*) creo que pueden salir sin notas y que se entenderán perfectamente, gracias al método de traducir que usted tiene. Las notas eruditas, geográficas, arqueológicas deben, a mi juicio, reservarse para la edición completa; porque en una muestra inserta en un Almanaque ⁴ no pegarían del todo bien. Por eso he dicho a Abelardo ⁵ que imprima sin notas las odas que usted le ha remitido. Yo le he dado (también sin notas, aunque bien las necesita), el *Prometeo* de Esquilo.

Este año se van a saturar de erudición clásica los suscriptores de *La Ilustración*.

Escríbame usted largo y tendido, que yo lo haré también en llegando a la Montaña. Todos los amigos de aquí me dan mil recuerdos para usted. Leí en la tertulia de Aureliano ⁶ su carta, con gran contentamiento de todos.

No me olvide nunca. Suyo siempre.

MARCELINO.

Santander, 27 de agosto de 1880.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.

Mi querido amigo:

¿No ha recibido usted una carta que le escribí en Madrid, el día antes de salir de aquella capital, en julio? Yo en cambio he recibido en Santander, las dos de usted con el relato de los festejos que a su llegada le hicieron sus diocesanos. Sentí no estar en Madrid para habérselo leído todo a don Aureliano y demás amigos. ¡Los nuevos sáficos de usted me agradaron mucho!

Celebro mucho que adelante el Píndaro y que pronto leamos nuevas muestras. Si recibió usted mi carta u otra de Abelardo de Carlos, habrá usted visto las razones que hemos tenido para publicarlas sin anotaciones. Aparte de lo abultado que de todas maneras saldrá el Alma-

naque, las notas parecen más propias de la edición definitiva.

Calculo que Abelardo pague por los trabajos 40 ó 50 duros. Yo le indicaré algo. Navarro ⁷ habrá remitido a usted para estas fechas un ejemplar o más de la nueva edición de los *Bucólicos*, que ha quedado muy a mi gusto.

No he hecho nada de Esquilo en estos últimos meses, ocupado como estoy en la continuación de mis *Heterodoxos*, cuyo segundo volumen saldrá a luz, si Dios quiere, en el próximo mes de octubre; e irá inmediatamente a manos de usted con todo lo demás que yo publique.

He leído la insulsa crítica de Clarín. Y no porque él sea tonto, sino porque la pasión política le ciega. Es un discípulo mío llamado Leopoldo Alas, discreto y gracioso a veces; pero demagogo e impío como un diablo, y muy aficionado a carne de clérigo. La crítica de los otros sáficos no la conozco, pero si es preciso, se la pediré a él, porque en medio de todo está bien conmigo y me ha elogiado siempre mucho.

Suyo siempre.

MARCELINO.

Madrid, 13 de enero de 1881.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.
Obispo de Linares.

Mi querido Ipandro:

No sé si habrá recibido usted mi última. Yo he recibido todas las de usted y los números de *La Luz* que me ha enviado, y que he leído con muchísimo gusto, como todas las cosas de usted.

Con frecuencia recordamos a usted en las tertulias de casa de D. Aureliano, y todos le echamos a usted muy de menos.

A estas horas debe de haber llegado el 2º tomo de mi *Historia de los heterodoxos españoles*, que puse, hace días, en el correo. Quiera Dios que no se haya quedado por esos caminos.

¿Y usted qué hace? ¿Cómo va el Píndaro? Anhelo verle terminado.

He recibido una traducción de las Sátiras de Persio, hecha por un Sr. Vigil de ésa. Me parece cosa buena. ¿Quién es el traductor? ¿Ha publicado alguna otra cosa clásica?

Ya sabrá usted que por el fallecimiento de Hartzenbusch, he sido nombrado académico de la Española. Ya tengo hecho mi discurso de entrada, sobre los poetas místicos españoles. Me contestará Valera. La recepción será en febrero según creo.

No deje usted de acordarse de mí y de escribirme.

Suyo siempre afmo. amigo.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

Madrid, 28 de marzo de 1881.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.

Mi querido amigo:

Tengo a la vista tres de usted y muy gratas. Agradezco de todo corazón su enhorabuena por mi entrada en la Academia. No he enviado a usted mi discurso por temor de que se perdiera y porque calculo que *La Ilustración*, en que vino por suplemento, habrá llegado a manos de usted con más seguridad.

¡Cuánto celebro que adelante el Píndaro! Quizá cuando usted reciba ésta, habrá terminado ya la "Pítica IV", que más que oda es verdadero poema.

Quiera Dios que pronto enriquezca usted nuestra literatura con una versión pindárica, que tanta falta nos hace; pues las incompletas de

Berguizas y Canga Argüelles son de gramáticos y no de poetas.

Leo con mucho deleite todas las pastorales y los discursos de usted y he dado noticia de ellas a los amigos de la tertulia de D. Aureliano, de que usted conserva tan gratas memorias. Valera se ha ido de embajador a Lisboa. Ya habrá usted visto su elegante contestación a mi discurso.

Collado sigue todavía en ésta; pero se irá a pasar la Semana Santa a Sevilla.

Ya habrá usted visto en *La Ilustración* algunos versos eróticos que de tiempo en tiempo he publicado.

Mucho me extraña que no hayan llegado a manos de usted los tomos que remitió Navarro, puesto que llegaron mis *Heterodoxos*.

Suyo siempre y "ex toto corde".

MARCELINO.

Madrid, 13 de abril de 1882.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.

Mi querido amigo:

He recibido con el entusiasmo que usted fácilmente puede imaginar, el precioso regalo del *Píndaro*, joya preciosísima que usted ha engarzado a la corona de nuestra musa castellana.

Lo he leído todo y he de leerlo muchas veces, cotejándolo escrupulosamente con el original, para admirar el mérito de la dificultad vencida. En ninguna parte se ha mostrado usted más poeta ni más fácil versificador y más dueño de los tesoros de nuestra habla poética. Traducir a Píndaro es labor hercúlea: es medirse con el poeta de más difícil acceso entre todos los de la antigüedad. ¡Y no conozco triunfo literario más envidiable que el que se alcanza en una empresa de este género! Para usted estaba guardada, y no se ha mostrado usted inferior a lo que podía exigir de nuestra lengua el vate Tebano.

Las odas que usted ha traducido en estancias regulares, y en especial las dedicadas a Diágoras Púgil, y la Pítica a Hierón Etneo me han encantado extraordinariamente. No menos me agradan las traducciones en tercetos; porque este metro, de ordinario cobra en manos de usted verdadera rapidez lírica.

La epístola dedicatoria me ha lisonjeado en extremo; porque, ¿a quién no ha de lisonjear ver unido su nombre a un libro destinado a vivir con fama imperecedera en la literatura patria?

D. Aureliano y demás amigos, que recuerdan a usted continuamente, recibieron también el libro y formaron de él el mismo juicio que yo.

He recibido todos los opúsculos y pastorales que usted me ha enviado. Yo he andado atreadísimo este invierno, con la terminación de mis *Heterodoxos*. Ya, Dios sea loado, no faltan más que el último capítulo y algunos apéndices. Tengo esperanza de verle impreso y poder remitírselo a usted a fin de mayo.

Queda con esto agradeciendo sus muchos favores, su verdadero amigo, admirador y compañero q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

Madrid, 31 de octubre de 1883.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.

Mi carísimo amigo Ipandro:

Hace un siglo que estoy en deuda de correspondencia con usted y de agradecimiento a sus muchas bondades. Ansiaba además saber noticias suyas, pero no sabía cómo dirigir la carta para que llegase con felicidad a sus manos. No tuvo tanta suerte el tomo tercero de los *Heterodoxos* (que es el más curioso y animado de la obra). Veo que padeció naufragio en el camino. Yo procuraré remediar la falta, aunque la edición se va acabando a toda prisa.

Apenas vio Navarro su *Píndaro* de usted se enamoró de él, y le reprodujo, sin aguardar un prólogo. Y el Apolonio de Rodas, ¿cómo va? No deje usted de mano esta empresa. ¿Qué

metro ha adoptado usted? ¿La octava o el verso suelto?

Hoy remito a usted un ejemplar del primer tomo de mi *Historia de la estética en España*. Van a ser cuatro, y el segundo está muy adelantado.

Siento en el alma los quebrantos de la salud de usted y los disgustos que le ha causado ese Gobierno. ¿Por qué no se viene usted a descansar unos cuantos meses en Europa?

Yo también leí el necio artículo del diario de Barcelona a que usted alude. Su autor es amigo mío, y creo que de usted también. Se llama D. Vicente Barrantes, y es persona muy estimable, y en otras cosas docta; pero que a veces tiene el mal acuerdo de hablar de lo que no entiende. ¡Debilidades periodísticas!

Al fin Valera se nos queda por aquí, puesto que no acepta la embajada de Washington.

Acuérdese usted mucho de su entrañable amigo.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

[P. S.] Otro día irán los *Heterodoxos*.

Madrid, 15 de diciembre de 1886.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.

Mi siempre querido e inolvidable amigo:

Largo ha sido nuestro silencio, y por mi parte todavía tengo sobre mi conciencia la tardanza en responder a su muy grata del 6 [de mayo] del año corriente. A Collado y al Vizconde de la Vega les he dado de continuo recuerdos para usted.

Me anuncia usted el envío del tomo tercero de sus *Obras pastorales y oratorias*, y de una Sátira; pero hasta ahora nada ha llegado a mis manos, sin duda por algún retardo en la edición. Deseo mucho verlos, lo mismo que todo lo que usted publique así en prosa como en verso. Comprendo las muchas y gravísimas ocupaciones que cercarán a usted en su nueva diócesis,

conservando además la administración de la antigua; pero no por eso debe usted abandonar totalmente el trato de las Musas, que tan propicias se le han mostrado hasta ahora. Sobre todo, la traducción de *Los Argonautas* sería un nuevo y eminente servicio a las letras clásicas y a la cultura española. No desmaye usted por las primeras dificultades que siempre se ofrecen cuando se traduce a un poeta nuevo.

He tenido el gusto de ver un prólogo de usted muy discreto, al frente de la nueva y completa edición de las *Obras poéticas* de Pesado.⁸ Estoy conforme con todos los juicios que usted formula.

Yo he impreso poco en esta última temporada, fuera de la *Historia de las ideas estéticas en España*, de la cual van publicados cinco volúmenes. Faltan otros dos para terminarla. No se la he enviado a usted ni se la enviaré hasta que esté completa, para evitar que algún tomo sufra extravío. ¿Tiene usted la nueva edición de *Horacio en España*, en dos tomos, muy aumentada o más bien, completamente refundida?

Nuestro Valera sigue en Bruselas, bien de salud; pero con muchas ganas de volver a España.

¡Quiera Dios que usted también se anime a visitarnos! Será una gran satisfacción para su mejor amigo.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

Santander, 18 de noviembre de 1887.

Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca.

Mi querido amigo:

Me ha llenado de regocijo la noticia de su regreso de usted a Europa.

Yo estaré en Madrid desde el día 25 del corriente. Valera sigue en Bruselas; pero piensa también hacer una excursión a Madrid en los últimos días de octubre. Todos, por consiguiente, nos encontraremos allí, si Dios nos da salud y vida, y podremos hablar largamente de nuestras cosas. Conviene que usted se decida a terminar *La Argonáutica*.

Sabe usted que de todas veras le estima, quiere y admira su afmo. amigo.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

CARTAS A ROA BARCENA

Madrid, 20 de abril de 1889.

Sr. D. José M^a Roa Bárcena.

[...] Llegaron, en efecto, los dos ejemplares del tomo de las *Ultimas poesías líricas* de usted y uno de ellos fue entregado inmediatamente por mí al señor don Juan Valera, que lo recibió con mucho agradecimiento.

En el prólogo se refiere usted a tres colecciones anteriores, que siento mucho no conocer, pues sólo han llegado a mis manos dos leyendas que Caro reprodujo en un tomito impreso en Colombia; pero las que contiene el presente tomo bastan para dar medida del talento poético de su autor, aunque no para satisfacer la curiosidad, que quisiera conocer su obra entera.

Desde luego, la traducción del *Mazeppa* me parece un insuperable y bizarrísimo alarde de vencer dificultades métricas, siguiendo paso a paso, sin decaimiento ni fatiga, la marcha caprichosa y vagabunda del texto original. Pocas veces se ha visto Byron en castellano tan bien interpretado, y quizá ninguna mejor. Las demás traducciones son también muy estimables, especialmente las de Virgilio. El soneto de Blanco (White), me parece mejor en la paráfrasis que en la traducción directa. Verdad es que, a mi juicio, el tal soneto es intraducible si se quiere conservar en castellano la forma de soneto. ⁹

En el poema de *Vasco Núñez de Balboa*, que por la mayor parte es digno de su asunto, sólo encuentro que reparar algunos trozos de narración seca y prosaica, nacidos del empeño de seguir la historia con excesiva fidelidad.

Ha hecho usted muy bien en conservar las poesías políticas, aunque la triste lección de los tiempos haya desmentido algunos de los bien intencionados augurios que en ellas se hacen. Sobre todo hubiera sido una verdadera pérdida la de la oda "En la inauguración del Segundo Imperio", escrita con mucho empuje y arrogancia lírica, y dicción poética muy brillante. Las mismas cualidades, con un arte de estilo mucho

más perfecto, como corresponde a la madurez del poeta, brillan en "Amecameca" y en "Las aguas en el Valle de México".

Felicitando a usted por su obra y deseoso siempre de conocer otros frutos de su ingenio, sean nuevos o antiguos, me repito. [. . .]

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

Santander, 11 de enero de 1890.

Sr. D. José M^a Roa Bárcena.

He recibido los dos libros de poesías que usted me anunciaba en su grata del 12 de octubre: *Leyendas mexicanas* y *Nuevas poesías*.

[...] Volviendo a las *Leyendas*, diré a usted que conocía tan sólo las dos reimpresas por Caro en Colombia y que ahora he vuelto a saborearlas y las tengo por las mejores. En las de asunto azteca, que ahora por primera vez he leído, no hay menos facilidad y gracia narrativa y hay, acaso, más poesía de estilo y más lujo y pompa en las descripciones; pero tienen algo de exótico e interesan menos; a lo cual contribuye quizá la rareza y áspera estructura de los nombres indígenas y la falta de relación de las tradiciones y creencias de aquellos pueblos con todo lo que vino después de la

conquista. De donde resulta que siendo igual en unos y otros asuntos la habilidad del poeta y quizá superior en lo más difícil, es poesía menos humana y simpática la de carácter indio, a no ser en "La Princesa Papantzin", que tiene cierta grandiosidad profética.

No son inferiores a las poesías originales las traducciones. La de "La campana", de Schiller, tiene, respecto de la de Hartzzenbusch, la desventaja de no ser directa del alemán; pero en algunos casos y mirada solamente como pieza poética, no le va en zaga. Lo mismo digo de "El guante", que también ha sido traducida del alemán por Teodoro Llorente.

En el tomito de *Nuevas poesías* me he encontrado con dos versiones de Horacio que omití en mi libro sobre aquel poeta y que añadiré con otras nuevas si llego a hacer algún día nueva edición de aquel ensayo.

Grande honra he recibido con la dedicatoria de las escenas del primer acto de *Hamlet* que usted tan vigorosamente ha traducido, conservando todo el sabor de la misteriosa y terrible poesía del sublime original. Sólo dos o tres cosas insignificantes he notado, que quizá pueda usted retocar cuando reimprima este notable fragmento. "Hay algo suyo" por *A piece of him*, no me gusta, aunque comprendo que la

traducción literal, "un pedazo de él", resulta prosaica en castellano. No encuentro en la traducción el *Thou art a scholar* que en boca de soldados es muy característico. Pero todo esto son pequeñeces que nada quitan al mérito insigne de este ensayo, uno de los más afortunados que he visto en materia tan difícil. [...]

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

Santander, 13 de septiembre de 1890.

Sr. D. José M^a Roa Bárcena.

Recibí su grata de 8 de febrero, a la cual acompañaban una versión de la escena 5^a del acto III de *Julietta y Romeo*, y otras dos de las odas *Maecenas atavis* y *Quis multa gracilis*, de Horacio. Las tres son felices muestras del arte y habilidad con que sabe usted acomodar a nuestra lengua los conceptos de los poetas extranjeros.

En la primera, no me parece completamente traducido el verso:

That pierc'd the fearful hollow of thine ear,

que es muy shakesperiano, pero para nuestro gusto algo extraño. Me parece un poco débil la versión de este otro verso, cuyo movimiento

quisiera yo que se conservase en castellano con la misma rapidez:

Yon light is not day-light, I know it, I

Quisiera también que se hubiera conservado el *pale reflex of Cinthia's brow*, que me parece más poético que el “fulgor de la luna” a secas. La amorosa expresión *my soul* falta también. Por último, echo de menos la repetición *more light and light* que tiene más fuerza que “la luz se aumenta”.

En la primera traducción de Horacio, noto que el *atavis regibus* dice algo más que “regia stirpe”, puesto que indica la antigüedad de esos reyes. En la mudable turba hay que expresar que es “turba de Quirites”, como dice el texto. *Attalidis conditionibus* son las riquezas de Atalo “prometidas” más bien que “entrevistas”. El *ad aquae lene caput sacrae* comprendo que es difícil de traducir conservando la exquisita poesía del original; pero a lo menos hay que hacer sentir que se trata del agua de una fuente “sagrada”; y en esto han pecado de omisión casi todos los traductores. Con poner “sagrado” en vez de “sonoro” los aventajaré usted en fidelidad y poesía; pero habría que retocar el verso anterior para que no resulte

consonante. Horacio nombra dos instrumentos de música guerrera, el *lituo* y la *tuba*; convenirá meter entrambos, si se puede. "En olvido de la gentil esposa" es algo anfibológico. ¿Es el cazador el que se olvida de la esposa, como dice el texto (*conjugis immemor*), o es la esposa la que se olvida del cazador? Poniendo "olvidado" se salva la dificultad.

En la oda a Pirra, "sin mancha" por *munditiis*, no me gusta. En primer lugar, no se sabe de qué mancha se trata; y, además, la palabra latina quiere decir algo más que limpieza: designa cierto género de aseo elegante y exquisito. El *intentata* no sé yo si está traducido: literalmente es "no experimentada", "no conocida por experiencia".

Todo lo demás de estas traducciones me gusta muchísimo, y por la misma nimiedad de los reparos comprenderá usted el interés con que las he leído [...]

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

NOTAS

1 Se refiere a la "Carta a mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado la *Bibliotheca Graeca* de Firmin Didot".

2 Es la oda que principia:

*¡Hijo querido de la griega Musa,
gloria naciente del hispano suelo!*

3 Esa oda tiene por título "La galerna del Sábado de Gloria."

4 El Almanaque de *La Ilustración Española y Americana*.

5 Abelardo de Carlos, el director de *La Ilustración*.

6 Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.

7 Luis Navarro, editor de la Biblioteca de Escritores Clásicos.

8 La edición de 1886, con "Noticias biográficas" de J. M. Roa Bárcena.

9 Es el soneto "Mysterious Night", traducido a varios idiomas.

INDICE

Dedicatoria	5
Advertencia	7
La literatura mexicana, en la obra de Menéndez y Pelayo	9
Obras consultadas	71
Cartas a <i>Ipandro Acaico</i>	77
Cartas a Roa Bárcena	103
Notas	115

INDICE

3	ediciones
7	Advertencia
9	La literatura mexicana en la obra de
9	-Méndez y Leizaola
71	Obras completas
77	Curso y lecciones de
103	Curso de literatura
115	Notas

EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA,
BAJO LA DIRECCIÓN DE FRANCISCO
GONZÁLEZ GUERRERO, SE TERMINÓ
LA IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO EL
DÍA 7 DE MAYO DE 1958. LA
EDICIÓN ESTUVO AL CUIDADO DEL
AUTOR Y DE JESÚS ARELLANO.
SE HICIERON 1,500 EJEMPLARES.